

¿ALDEA GLOBAL O PARTICULARISMO UNIVERSAL?

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Francisco Murillo Ferrol *

Lo que nos ha cogido de sorpresa es que el tema del nacionalismo parecía superado y ahora nos encontramos con que está ahí. Veníamos hablando muy convencidos del fracaso del Estado nacional. Nos acosan, al parecer, problemas que lo desbordan, y habíamos de recurrir para su solución a instancias y organismos supranacionales. Los términos de una economía global, por su parte, fuerzan a círculos de decisión de más aliento que los simplemente nacionales. Por otro lado, parecía que las dos grandes guerras y el sinnúmero de pequeñas habrían operado como vacunas preventivas frente a los principios nacionalistas que estaban en su origen. Nada de esto ha sucedido, al parecer, puesto que los nacionalismos andan llamando con más fuerza que nunca a las puertas de este comienzo de siglo o lo que sea.

Se trata al parecer de una de esas coyunturas históricas para las que nadie por ahora vislumbra la solución. Tampoco la tengo yo, naturalmente. No hay certidumbres ni posibilidad de contundencias decisorias. Hemos de manejarnos con un puñado de ingredientes irracionales en cantidades imprevisibles. Por ello, puede surgir lo inesperado, como está ocurriendo. La marcha de la historia vuelve a mostrarnos un paisaje que creíamos haber dejado atrás en el último o penúltimo recodo.

Los Balkanes, el hombre enfermo de Europa, la autodeterminación, los irredentismos, están ahí de nuevo como en nuestra niñez (me refiero a la mía). Viejos problemas ampliados ahora por la relativa homogeneización de las sociedades

* Sesión del día 21 de marzo de 2000.

de todo el planeta, por el proceso de descolonización desencadenado desde 1945 y por la existencia de una caja mundial de resonancia constituida por los medios de difusión. Y desde hace unos años por el desmembramiento de imperios o bloques que parecían monolíticos.

Y hemos de recordar que al menos desde el siglo xvii nada ha ocurrido en nuestro mundo que no anduviera conectado o teñido, directa o indirectamente, con la división en naciones y el consiguiente nacionalismo. Nacimiento y desaparición de Estados, guerras, alianzas, persecuciones, divisiones culturales, religiosas y, por supuesto, económicas, todo ello vino condicionado por la retícula nacional y su asombrosa penetración en las del ser humano. Sin embargo, hubo un momento, hace unas décadas, en que nos pareció pasado, cosa de historiadores. Está ahí vigoroso, reclamando nuestra alarma.

Advertimos que no ha dejado de funcionar su complejo mecanismo. Por de pronto, como desde sus orígenes, se le achaca el mal, cualquier mal, al vecino. Al extraño, pero con preferencia al forastero más próximo. Ya pasó hace siglos con la lúes. Fue *morbus germanicus* para los franceses y morbo gálico para los demás. También fue *French Pox* y «mal de Nápoles», según para quién. Sin ir tan lejos, después de la primera guerra mundial, la gran epidemia de 1918-1919 fue llamada caritativamente «gripe española», complicando justo a un país que no intervino en la contienda. Ahora los historiadores serios comienzan a poner las cosas en su sitio. Y todavía Susan Sontag, poco sospechosa, tiene que recordarnos que la *Gaceta de Moscú*, en 1985, afirmaba que el virus del SIDA lo obtuvo el Gobierno de los Estados Unidos en sus laboratorios de Maryland, con voluntarios como conejillos de Indias para propagarlo. En el «otro», en lo diferente, está el origen del mal. Pareciera que en su raíz, la «diferencia», antes que política, étnica, cultural o religiosa, es simplemente maniquea. Aunque se haya abusado mucho del término, parece haber siempre implícita una cierta dosis de *satanización*.

Por debajo de la increíble multivocidad de las expresiones que se utilizan parece subyacer siempre algo oscuro, peligroso, agresivo. Nación, pueblo, país, etc. utilizados en los más diversos sentidos y cruzados por los más diferentes factores: cultura, raza, lengua, religión. Y, por supuesto, *pasado*, que es uno de los principales ingredientes de la diferenciación y del cambio social. Por no hablar del clan y de la tribu, en las culturas aún montadas sobre ellos.

Siento no poder evitar que mi consideración del nacionalismo y sus alejados esté cruzada de celos y desconfianzas. Demasiados hombres han muerto

bendecidos por su retórica y no olvidemos la frustración que nos produce el retorno de lo que se creía superado.

* * *

Por lo que yo sé nadie había previsto la erupción nacionalista como nadie había previsto el desmoronamiento cuasi fulminante del imperio soviético. Un poco perplejos, se anda tratando de hallar explicaciones. La comparación que primero se ocurre es con los movimientos de 1848: también brusquedad histórica, también nacionalismos, desmoronamiento, asimismo. Sin embargo, hemos de tener en cuenta que la situación de 1848 refractada en los diferentes países, aparece como expresamente revolucionaria frente a las coyunturas reaccionarias que siguen a la derrota de Napoleón; frente a la Europa del Congreso de Viena y del príncipe de Metternich. Los movimientos nacionalistas tratan de ser desmembraciones generalizadas de grandes edificios seculares: el imperio otomano y en austro-húngaro. Hoy nos resultan especialmente llamativos los nacionalismos en el seno del bloque soviético, pero la inquietud es mucho más global y más matizada. Aunque en ambos casos, el problema es, como veremos, el particularismo y la secesión.

En 1848 la agitación afectó a países que no habían tenido antes existencia como Estados: rumanos, búlgaros, checos. El fenómeno se reproduce hoy en parte, aunque en una situación internacional —sobre todo económica— considerablemente más complicada. Fue la lealtad hacia los monarcas (también la represión, es cierto) la que en definitiva ahogó los movimientos. Ya para 1851 estaba afincado Napoleón el pequeño; la guerra de Crimea tres años después venía a mostrar la solidez dinástica europea; la Exposición Universal de Londres de 1851, obra casi personal del príncipe consorte Alberto, asombra con su Palacio de Cristal, al paso que consagra su explícita vocación de paz premiando a los Krupp, de Essen, por un modelo de cañón. Va a haber, empero, veinte años tranquilos hasta la guerra franco-prusiana de 1870, Sedán y la Comuna. Después, la situación se irá manteniendo cuatro decenios largos hasta 1914, año que señala el comienzo de muchas cosas, entre ellas una nueva agitación de los nacionalismos.

Ahora, de nuevo, tras medio siglo de sumisión política, ideológica y militar se reproduce una situación de relajamiento y del consiguiente fenómeno de contagio. Naturalmente, cabe preguntarse entre otras cosas por qué cedió la presión o la horma soviética. No parece que se haya explicado convincentemente todavía.

No es cosa de recurrir de nuevo a la vieja polémica de si la historia la forjan los héroes o las masas. Entre otras razones porque, como aquella otra polémi-

ca famosa *nature vs nurture*, es tan ridículamente simplista en su planteamiento que hace imposible una contestación razonable no ideológica. No confundamos potencialidad histórica con popularidad, con su contrario, impopularidad. Es posible que en su momento hubiera más millones de personas pendientes de las actitudes y decisiones de Gorbachev que hubo europeos que hubo europeos colgados de los avatares napoleónicos en los momentos cumbres, digamos poco antes de Waterloo, por ejemplo. Sin embargo, la prensa ya se ha encargado de decirnos que acaso no fuera el político soviético un hombre providencial, sino el mero encargado de liquidar una quiebra. Sería entonces importante conocer el proceso que condujo a ésta. Churchill se resistía a que le tocara cancelar un imperio. No obstante, la historia distribuye sus papeles a los actores, quieran o no; es un *casting* en el que le va mucho a mucha gente. El problema para los historiadores será precisamente reconstruir la trama intrincadísima que va redactando los papeles. Por ello, hoy todavía resultan insuficientes las explicaciones.

Se habla de una generación soviética que no vivió la revolución y que incluso era demasiado joven cuando el estalinismo. Una generación que ya pudo comparar la situación en el mundo exterior con la suya propia. Por una parte, había aumentado el *decalage*, la diferencia entre los dos mundos; por otra, se fue erosionando el fervor, la devoción ideológica de la primera hora revolucionaria. Se ha perdido el recuerdo de las cosas que había que vengar. Al idealismo originario sucedieron generaciones más pragmáticas y realistas. La carencia de algunas libertades (de expresión, de movimientos) comienza a verse poco compensada por otros supuestos rasgos del sistema: eficacia o igualdad. Tampoco se vieron libres de la repercusión de los problemas económicos de las crisis mundiales, como carestía y desempleo, inflación más o menos enmascarada. Estos nuevos políticos no son disidentes. Fueron gentes tranquilas y colaboradoras, al parecer, que advirtieron desde dentro lo que iba mal, el propio Gorbachev incluido. Naturalmente, todo esto que se dice son sólo atisbos, presunciones; ya nos irán llegando los estudios serios de los kremlinólogos y de los archivos destapados.

Pero volviendo a lo nuestro, lo cierto es que andábamos distraídos con los fenómenos de los bloques, de los organismos internacionales y de la construcción de Europa, y ahora nos vemos forzados a revisar todo el viejo arsenal de saberes que desde hace mucho tiempo se ha volcado sobre la nación y los nacionalismos. Me limitaré a referirme a algunos rasgos generales, sobre los que convendría reflexionar un poco para evitar confusiones. Mi interés es muy antiguo. Mi primera preocupación sobre el tema se publicó hace ahora cincuenta años y se titulaba *Nación y Crisis*. Recuerdo el hecho, no porque la cosa tenga importancia especial, sino porque revela cierta estabilidad congruente en mi preocupación. Lo que en

una época como la que vivimos un poco a ráfagas pudiera parecer extraño. El tema me dio años después para una disertación de apertura de curso en mi Universidad y abortó también en varios artículos y prólogos. El volumen de información que nos proporcionan los modernos *media*, nos somete a una parcelación temporal de ritmo muy rápido y a una retícula espacial más amplia y a la par más detallada que nunca.

* * *

Para John Röhl (*El nacimiento del Estado moderno*, en el vol. dirigido por Asa Briggs: *El siglo XIX*, Madrid, 1989) la nación Estado que emergió en Europa —para extenderse por todo el mundo— entre fines del XVIII y comienzos del XIX, surgió de tres maneras distintas. En los países atlánticos, desde España hasta Escandinavia, el gran esfuerzo de unificación y consolidación lo había realizado ya las monarquías reformadoras y centralizadoras desde fines de la Edad Media. El Estado nación surgió así de una evolución interna habida dentro de sus fronteras históricas. En la Europa que hoy forman Alemania e Italia, por el contrario, la nación existió como unidad lingüística y cultural mucho antes de que se creara un Estado, de fatigosa formación histórica. Supuso un proceso de unificación de una serie de unidades políticas pequeñas. Por último, en la Europa oriental el proceso fue por segregación y desmembramiento de grandes imperios, formados por pueblos relativamente heterogéneos, como los de Austria, Turquía y Rusia. Así, unificación dinástica previa, integración y segregación son maneras de nacimiento, que en líneas generales y con distinta cronología pudieran ayudarnos a entender el fenómeno. Hasta aquí Röhl.

Más adelante, al producirse la globalización, aparecen otras posibilidades. Por ejemplo, las derivadas de la descolonización, que tienen caracteres diferentes de la desmembración clásica de los imperios europeos; el intento de estatalizar lazos tribales, con grandes y nuevos problemas étnicos y fronterizos; la pervivencia de nacionalismos irredentos en el seno de las aparentemente macizas formaciones nacionales consagradas. E ignoramos qué nuevas formas pueda adoptar la presente tendencia al particularismo en el seno de las grandes retóricas supranacionales.

Por su parte, Paul Kennedy en su conocido libro (*Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, 1989; la edición original es de 1988) subraya especialmente, por lo que a Europa Occidental se refiere el papel de las monarquías. «El cambio económico había socavado ya (en el siglo XVII) buena parte del antiguo orden feudal, y los diferentes grupos sociales tenían que relacionarse entre sí

mediante nuevas formas de contratos y obligaciones. La Reforma, al dividir la Cristiandad sobre la base del *cuius regius, eius religio*, es decir, de las preferencias religiosas de los gobernantes, unieron la autoridad civil y la religiosa y de este modo produjeron cierto tipo de secularización sobre una base nacional. La decadencia del latín y el creciente uso de las lenguas vernáculas por parte de políticos, juristas, burócratas y poetas acentuó esa tendencia secular» (pág. 107). Pero, para el historiador de Yale, más que las tendencias sociales de lenta evolución, la presión más continua y apremiante en favor de la construcción de la nación provino de la guerra, sus preparativos y consecuencias. «El poder militar permitió a muchas dinastías de Europa mantenerse por encima de los grandes señores de sus países y asegurarse la uniformidad y la autoridad políticas (...). Factores militares —o mejor dicho, factores geo-estratégicos— contribuyeron a establecer las fronteras territoriales de estas nuevas naciones-Estado mientras que las frecuentes guerras fomentaron la conciencia nacional, al menos de una manera negativa, al aprender los ingleses a odiar a los españoles, los suecos a odiar a los daneses y los rebeldes holandeses a odiar a sus antiguos señores Habsburgo.»

Para Kennedy, todas las otras consideraciones son teóricas y abstractas, si no entra en cuestión la importancia decisiva del conflicto militar y de sus supuestos y consecuencias económicas. Sobre todo en lo que se refiere al manejo y distribución de los ingresos y gastos públicos. Los esfuerzos infructuosos por racionalizar la hacienda pública mediando la continua sangría de las guerras, producen por manera secundaria una conciencia de identidad cuasi nacional en los sujetos pasivos de las mismas exacciones fiscales, de las mismas presiones de recaudación y reclutamiento. La guerra que como veremos anda agazapada en el concepto ulterior de la nación, está explícita y sin máscara en su período inicial.

En cualquier caso, el resultado histórico es de una extrema pluralidad. Existe un *Handbuch der europäischen Volksgruppen* (compilado por Manfred Straka, Wien-Stuttgart, 1989) donde en casi setecientas páginas se da cuenta de unos noventa grupos europeos que por una razón o por otra afirman su individualidad respecto a su entorno presente. El abigarrado mosaico que muestra el *Handbuch* es en verdad sorprendente e inesperado para nosotros los europeos. Y pensemos también en el crecimiento galopante del número de miembros de la ONU.

Acaso, para acallar ciertos escrúpulos, haya que avisar contra la confusión de patriotismo con nacionalismo. El que pudiera llamarse (impropiamente, por cierto) patriotismo —de cualquier patria y de cualquier tamaño— puede ser un sentimiento (subrayo lo de sentimiento) natural de apego al terruño donde uno nace, se cría o vive. Entendiendo terruño tanto en sentido físico como social o cultural,

y muy ampliamente. Desde la aldea o el valle hasta las zonas que los geógrafos llaman templada o ártica o tropical. Y puede estar presente o ausente: díganlo si no *morriña, saudade, nostalgia, homesick*.

Es cierto que esto lleva consigo preferencia, pero acaso no necesariamente agresividad frente a lo distinto. Y es de temer que ésta sea una de las características esenciales del nacionalismo. Como tal, es una ideología que supone afirmar lo propio frente o contra lo ajeno. Quizá se trate sólo de la exageración de puntos de partida naturales e inevitables; de la consagración exasperada de nuestros particularismos. Puede que sea así y que estemos condenados a ello, al menos en el estadio actual de evolución de la especie. Confiemos, sin embargo, en que no ande muy lejos la superación racional de tan graves limitaciones.

Hace decenios que antropólogos y sociólogos señalaron como ineludible el hecho de que lo viéramos todo desde el observatorio de nuestra propia tribu, como si fuera el ombligo del mundo, y lo llamaron etnocentrismo. Somos social y culturalmente onfálicos, como en definitiva también existe un cronocentrismo: es decir, lo percibimos todo desde nuestra propia altura histórica, aunque esto nos importe menos en este momento. *Ingroup* y *Outgroup* son categorías usuales en las ciencias sociales.

Ahora bien, percibir desde nuestra tribu es percibir a las otras como distintas y ya si queremos se está a un paso de percibir las como inferiores o como enemigas. Paso que en la historia se ha dado con demasiada frecuencia. Cuando, por ejemplo, las monarquías postfeudales van creando en Europa ámbitos cuasi nacionales, surgen al mismo tiempo modos de verse unos a otros. En el siglo xvii está ya muy definido el modo de contemplarse entre sí los diferentes pueblos europeos. Y, naturalmente con más precisión, aunque no menor parcialidad cuanto más próximos. Entre nosotros, Quevedo, Pedro Fernández de Navarrete, Saavedra Fajardo, la novel picaresca se refieren insistentemente y con toda naturalidad a lo que consideran rasgos de gabachos y milaneses o florentinos, tedescos o flamencos. Poco más tarde se forjará una teoría de los caracteres nacionales, formalizada nada menos que en Hume y Kant y que llega hasta los ensayistas de hoy, tan en gran número. Incluso algunos psicólogos sociales tratarán de conferirle empaque científico al hecho, hablando de una teoría de la personalidad modal.

Claro está, sin embargo, que pese a todas las pretensiones, lo que acaba funcionando son los *estereotipos*, según la afortunada expresión de Walter Lippman, el influyente columnista norteamericano que la acuñó hacia 1922. Estereotipos, es decir, imágenes, simplificaciones de valor colectivo ideológicamente cargadas. De

desdén, de recelo, de superioridad, cuando no directamente agresivas. Estereotipos entre aldeas, entre ciudades entre países; también de juro entre regiones de un mismo país. Así, las posibilidades de mal entendimiento que pueden crearse son ilimitadas. Las peores aberraciones de intención o comportamiento pueden formar estereotipos que colgamos a otros. Por supuesto, no como opinión individual, sino como creencia colectiva que reclama adhesión. Hay también estereotipos detrás de la xenofobia, del racismo y del enfrentamientos religiosos. Pensemos que se trata de las artimañas propias de toda suerte de fanatismos, sectarismos y fundamentalismos, que naturalmente en caso de guerra llegan a su mayor exasperación, como con honradez poco usual incluso entre intelectuales señaló en su momento George Orwell. Ya señaló que la segunda guerra mundial hizo circular las mismas mentiras sobre atrocidades del enemigo que había funcionado en la del 14-18.

Todos estos fenómenos cuentan con una copiosa investigación empírica por parte de psicólogos, sociólogos y antropólogos, desde la primitiva escala social de Bogardus en adelante, sin que por ello, por modo colectivo, seamos más conscientes de su extrema peligrosidad. Por otra parte, desde Darwin, es obvio que el científico de la naturaleza hubo de habituarse a pensar con otras categorías (algunos dirán otro paradigma). Hay en la naturaleza un proceso evolutivo continuo, un cambio que supone transformación. Esto debiera debilitar el etnocentrismo. Y más bien parece lo contrario. Porque *lo nuestro* específico parecería un punto de anclaje cuando todo cambia alrededor. Incluso tal vez porque la imagen que nos asignamos (el autoestereotipo) es un ingrediente más en el proceso de evolución. Desde el punto de vista del orgullo la evolución no crea humildad, sino que, antes al contrario, parece reforzarlo. Pensemos en la pervivencia del más apto, del darwinismo social. Los antropólogos evolucionistas de estricta observancia han de ser relativistas por principio. Pero el relativismo se reduce a veces a un simple mapa de estereotipos.

El grave ingrediente irracional (tal vez, mejor irrazonable) que lleva consigo todo este mundo de las imágenes cargadas, nacionales o de otra suerte, es el que dificulta al máximo su comprensión y desvelamiento, como es fácil comprender. El tránsito de lo fisiológico a lo patológico, de la mera conciencia de diferencia a la agresividad larvada o expresa, latente o patente, es fácil y a veces imperceptible. Nadie estamos libres de vernos arrastrados en un momento dado ni podemos presumir de estar por encima de toda injusta parcialidad y fanatismo.

Por ello, Jürgen Habermas considera que el nacionalismo ha funcionado como un mecanismo para construir la identidad de los pueblos. Mas para los alemanes llegó a extremarse en términos de darwinismo social y «culminó en un deli-

rio racial que sirvió de justificación a la aniquilación masiva de los judíos». Y por tal manera el nacionalismo quedó drásticamente «devaluado entre nosotros», dice Habermas, como fundamento de una identidad colectiva. Como ha demostrado la sonada polémica entre los historiadores tudescos sobre el pasado y la culpa nacional. Por tanto, la superación del fascismo pasa a ser el principal rasgo de una identidad postnacional que trata de cristalizar en torno a los principios universalistas del Estado de Derecho y de la democracia.

Los errores, las exageraciones, las aberraciones incluso, nos fuerzan a adoptar una actitud crítica y ética frente a las propias tradiciones. Las catástrofes del siglo xx nos obligan a adoptar una nueva conciencia del tiempo, distinta, por ejemplo, a la que tenía Hegel a comienzos del siglo xix. Ahora nuestra responsabilidad se hace extensiva incluso al pasado, que no puede aceptarse simplemente como algo fáctico y acabado. Recuerda Habermas cómo Walter Benjamin definió las demandas que los muertos hacen a la fuerza anamnética de las generaciones vivas. Tenemos la huella aunque sea débil de un recuerdo expiatorio y una distancia reflexiva respecto a nuestra propia tradición. En definitiva, una «sensibilidad frente a la terrorífica ambivalencia de las tradiciones que han configurado nuestra propia identidad» (*Identidades nacionales y postnacionales*, Madrid, 1989, págs. 116-121; ed. alemana de 1988). En esas tradiciones por olvidar funcionaron simplificaciones, estereotipos, parcialidades ideológicas, fanatismos y el recurso fácil del populismo a la cabeza de turco, al *scapegoat*. Una identidad, individual o colectiva, es, por lo pronto, una memoria. Pero, como ha dicho Minc, la lectura actual de los manuales escolares convence de la no existencia de Europa. Francia, Alemania, Gran Bretaña, España. Y pudiéramos añadir que, al través de ciertos textos autonómicos, tampoco de la ésta. Sólo hallamos rasgos exagerados de nacionalismo y xenofobia: textos, leyendas, ilustraciones, cuando no enfoques. Siempre el «malo», a lo *Western*.

Y parece demasiado fuerte que esas «tradiciones», en el léxico de Habermas, se utilicen ahora en muchos lugares de pasado admitido como culpable (porque no sólo Alemania coció habas y escasean los candidatos para arrojar la primera piedra) para lo que sirven las tradiciones: para proyectar el futuro. El pasado de guerras de discriminaciones, de persecuciones y torturas es desgraciadamente universal. Lo que nos preocupa hoy es en qué proporción el nacionalismo sea responsable y, sobre todo, qué virtualidad tiene para seguir siéndolo. Es de temer que mucha, en su presente renacimiento, pese a que veníamos considerándolo domesticado y manso.

Se dirá que detrás de todo lo dicho hasta ahora hay una antropología pesimista, una concepción no progresista de la historia e incluso una visión ané-

mica e ineficaz de las ciencias sociales, incapaces no ya de prever, sino hasta de dar cuenta simplemente de lo que sucede. La acusación sería merecida. Creo las tres cosas y no me parece que los aconteceres permitan más alegres perspectivas.

* * *

En ciertas elites de las sociedades avanzadas anda produciéndose un fenómeno aparentemente de signo contrario, que también puede ser peligroso por lo que suponga de desintegración espiritual e insolidaridad. Nos referimos a lo que en el mundo académico angloamericano se llama la «inclusión». Se trata con ello de hacer un máximo esfuerzo de particularismo cultural. Los grupos minoritarios —se dice— vienen siendo víctimas de una opresión cultural y educativa, tratando de formarlos en un «eurocentrismo», que era el núcleo mismo de las lecturas, los currícula universitarios y los autores y libros clásicos. Es necesario cambiar el punto de vista y enfocar la formación desde un supuesto multicultural. La cosa es importante. Hay nada menos que cambiar el canon cultural, elaborado casi totalmente, es cierto, por adultos varones de raza blanca. Y sustituirlo por la inclusión en la *reading list* de las perspectivas culturales de todas las minorías significativas políticamente. En el fondo, cambiar el viejo *melting pot* americano por el *salad bowl*, que conserve intacto el sabor de sus ingredientes. En 1989 la Universidad de Standford diseñó sus cursos de Civilización Occidental sobre el principio de inclusión, imponiendo un sistema de cuotas étnicas y de sexo para la selección de lo que habían de leer los escolares. Se trata nada menos que de homogeneizar el esfuerzo y los logros de la humanidad (el espíritu objetivo, que habría dicho Hegel) para distribuirlos, *a posteriori*: equitativamente entre todos los grupos. El criterio para la distribución no puede ser, naturalmente, la excelencia, la calidad. Sino que la preocupación es que nadie (afro-americano, asiático, hispano, indio, homosexual o minusválido) pueda sentirse no representado culturalmente. Obligatoriamente, ni Shakespeare ni Cervantes ni Mozart ni Leibniz; sino lo que resulte de una distribución ponderada de nombres, aunque sean desconocidos. Quiénes y cómo habrán de hacer la ponderación queda por determinar. El fenómeno ha suscitado bastante revuelo a favor y en contra y nos llevaría lejos analizar sus orígenes y consecuencias. No es ésta la ocasión.

Desde nuestro tema de hoy sólo quiero subrayar que el puntillismo excesivo respecto de los grupos puede conducir al narcisismo de éstos. Y, en definitiva —como siempre— a una actitud de exclusión de los «otros», aunque sea esto precisamente lo que trata de evitarse. Es el peligro que siempre acecha, porque todo termina en insolidaridad. Nos hallamos ante un ultraparticularismo, algo así como la porfirización de la cultura, y no sabemos los resultados a que puede lle-

var. Es como si se volviera del revés la discriminación, pero manteniéndola; lo que vino a pasar con la famosa «acción afirmativa», que a menudo originó una discriminación de signo contrario.

Acaso por limitación estructural, por incapacidad psíquica, por «disonancia cognitiva» (por decir algo más pedante) nos cuesta mucho, a veces siglos, llegar a modos de convivencia equilibrados. Así, por ejemplo, la insoportable explotación que significó la leucocracia surafricana pudiera convertirse en una melanocracia no menos injusta. Ahora, entre nosotros, en Europa, el problema que está agravándose es la xenofobia, a compás de las oleadas migratorias. Con seguridad andan fabricándose por ahí estereotipos nuevos, aparte de desenterrar los de siempre.

Recientemente, se ha hecho observar cómo un ingrediente de la educación cívica en Israel lo constituye la visita con talante cuasi religioso a los impresionantes lugares donde tuvo lugar la tortura y muerte de millones de judíos. Grupos de adolescentes de los colegios transitan, adecuadamente aleccionados, por los raíles de Auschwitz-Birkenau como los cristianos por la Vía Dolorosa, el Vía Crucis. La persecución creó los mártires de la futura patria judía, los potenciales ciudadanos de Israel. El pasado funciona así, en vivo, como factor de identidad y diferenciación.

Lo importante al parecer es el fenómeno de contagio que se ha puesto en marcha. Cada minoría nacional, religiosa, étnica o sexual vuelve la vista al pasado para desenterrar sus propios mártires. El propósito es definirse, identificarse como víctimas históricas. Los esclavos, la trata de negros, los aborígenes de tantos lugares, los grupos irredentos en todo el mundo, los homosexuales, las víctimas del ataque a Nanking en 1937, e incontables más: armenios, hindúes, los caídos por obra del imperio otomano, los curdos, en una lista estremecedoramente inagotable. Todos ellos piden protagonismo, alimentan el terrorismo en algunos casos, y parecen pedir la presencia de Steven Spielberg para la eficaz traducción de su trágico pasado al cine. Para nosotros, basta recordar el viraje historiográfico vigente respecto a Colón y la conquista americana, sobre todo a partir del quinto centenario. Irónicamente, se ha hablado de unas Olimpiadas del sufrimiento.

Es fácil ver que si potenciamos la inmensa variedad de particularismos y de modalidades culturales con la referencia a un pasado que por su triste contenido de padecimientos y persecuciones aumenta de suya fisuras de discriminación, estremece pensar en las consecuencias. De propagarse, el fenómeno de lo que se ha llamado *victimización* crearía y esgrimiría un pasado de «mártires activos», dota-

do de relicarios ultrasensibles y operantes. Con igual eficacia al menos que los de los primeros siglos del cristianismo en su momento.

* * *

Cambiando ahora de punto de vista es fácil advertir que el movimiento nacionalista es bifronte. Supone el particularismo, pero al mismo tiempo puede tener una dimensión global y centralista. Ha de contar se siempre con este doble juego.

A veces la paradoja resulta notablemente llamativa. Se cita el caso de que en 1831 el gobierno rebelde de Bolonia arrestaba a setecientos «extranjeros» de Módena que buscaban protección frente al ejército austríaco. Máxima expresión del particularismo municipalista, cierto. Pero unos y otros, boloñenses y modenese, trataban de conseguir la nación Italia. Es decir, profesaban el nacionalismo centralista italiano.

Las situaciones francesas son muy expresivas. En noviembre del 1789 (la Bastilla se tomó en julio) la Asamblea Nacional acordó la anexión del enclave papal de Aviñón a Francia. Los habitantes protestaron e invocaron el principio de autodeterminación. La Asamblea volvió de su acuerdo y se celebraron varios plebiscitos antes de la anexión. Pero, como observa John Röhl, en 1792 los belgas, ocupados, protestan y es inútil. Se dice que el deseo de un pueblo «infantil e imbécil» no se podía respetar. Se divide, pues, Bélgica en nueve departamentos, con sus prefectos, como parte integrante de Francia.

El nacionalismo supone por una cara, el centralismo jacobino galo. A la postre, la revolución va expresamente contra el particularismo y el principio de autodeterminación. Las campañas napoleónicas son su mejor refrendo. Pese a que, paradójicamente, se trata de que todos los pueblos sean «libres» y de crear la nación en abstracto. La Constitución de 1793 proclama la amistad del pueblo francés con todos los pueblos libres. Pero hacia dentro se organiza todo sobre el principio de centralismo nacional, es decir, la supresión de los particularismos o, al menos, la supresión de su valor político. Va sacrificándolos implacablemente. Diríamos que sustituye el centralismo relativo de las monarquías absolutas tradicionales por otro aún más rígido: el nacional. En 1794 hay un momento en que pareció que se iban a suprimir en nombre de la nación las seculares lenguas que se hablaban en Francia. Un miembro del Comité de Salvación Pública se quejaba de que «el federalismo y la superstición hablan bretón; la emigración y el odio a la república hablan alemán; la contrarrevolución habla italiano, y el fanatismo habla vasco» (Röhl, 230).

En un pueblo libre el idioma ha de ser uno solo y el mismo para todos. Observemos de paso que no se rechaza el plurilingüismo sólo en nombre de la unidad, sino que se alegan razones políticas.

No vamos a detenernos ahora en el sistema que sigue obligadamente, de la educación pública, patriótica, nacional. La deformación nacionalista comienza ya en la escuela primaria. El patriotismo apacible, espontáneo, se va convirtiendo en una ideología cargada políticamente. Que a su vez trata de convertir en únicos, centrales, unos particularismos determinados, excluyendo otros. El paso siguiente estará en los cuarteles. Porque la mayor fuerza unificadora la constituyen el odio y el miedo al «enemigo». Que inspiraron el famoso Decreto de 23 de agosto del 1793 requiriendo a todos los franceses a entregar sus vidas en defensa de la patria. En definitiva, la guerra, el gran duende que nos amenaza cuando hablamos de nacionalismo. Servicio militar, particularismos y guerra, extremos que se hallan recíprocamente implicados. Por eso se ha dicho que Europa no se podrá llamar «una» hasta que sienta como *guerra civil* la de 1914-1918. (El concepto de guerra civil tiene en efecto mucha significación, aunque los historiadores no lo empleen siempre con rigor. Pensemos si en nuestra guerra peninsular (1936-1939) hubiera podido hablarse de Aragón frente a Cataluña o Andalucía frente a Madrid, por ejemplo. Quizá debieran perfilarse estos supuestos).

Pero, volviendo a lo nuestro, el nacionalismo es —no se olvide— por su otra cara la exaltación de determinados particularismos. Que, naturalmente, por ser nuestros son mejores, más «naturales» y, obviamente, preferibles a los de los «otros». Incluso podemos subir un poco más: nuestros particularismos deben defenderse de toda agresión, vivimos siempre con el miedo de que sean atacados y, por tanto, está abierta la probable posibilidad de agredir a los de los demás. Las imágenes, los estereotipos están dispuestos a encontrarse. Caemos con facilidad en la deformación de atribuir a otros los males propios, fabricando si es preciso un chivo expiatorio, como dijimos. Va de suyo que es un deber estar con el país propio, con razón o sin ella. Todo se convierte en irracionalidad y hasta los más presuntamente sesudos pierden la ecuanimidad. Un caso muy citado: En 1897 se intentó introducir el bilingüismo en la administración pública de Bohemia y Moravia. Los alemanes del segundo Reich tomaron parte activa en la controversia, de forma que Theodor Mommsen nada menos declaró que los cráneos checos estaban mejor formados para recibir golpes que ideas.

Basta por lo demás recordar las actitudes y declaraciones de las grandes personalidades intelectuales alemanas, francesas o inglesas con ocasión de la guerra de 1914-1918. Scheler, Weber, Aron, Huxley. Años más tarde, con motivo de la

segunda guerra, sólo Orwell pareció conservar la cabeza fría para darse cuenta del fenómeno. En el período entre guerras se había producido de hecho una nacionalización de todos los contenidos de la cultura, desde la biología, la matemática y la física teóricas, hasta la literatura y el arte, pasando con gran entusiasmo, como es natural, por las llamadas ciencias sociales. Todo se tiñó intensamente. Niebuhr ya advirtió que mientras el patriotismo parece ser una forma elevada de altruismo si se compara con lealtades y vinculaciones más de campanario, desde un punto de vista absoluto es, simplemente, otra forma de egoísmo, y la civilización ha inventado así el procedimiento de delegar los vicios de los individuos a las comunidades cada vez más amplias. Sería de temer que ello fuese lo que en el fondo se pretende hacer ahora con la unión europea: Transferir freudianamente a la comunidad los fracasos de cada uno de los pueblos miembros.

* * *

Campo de gran confusión es el de los llamados «hechos diferenciales», que tanto juego ha dado en las pugnas del nacionalismo ibérico. Históricamente puede funcionar todo: etnia, religión, lengua, pasado y hasta la diferencia de recursos y de nivel económico, como mostró con especial viveza el caso del Congo belga y algún otro país descolonizado. Digamos de paso que en este proceso de descolonización se trató a menudo de «nacionalizar» diferencias tribales (o de ignorarlas) en una transposición perfectamente anacrónica que sigue todavía dando malos resultados. Por lo que a España se refiere considero muy importante la aportación del libro reciente de J. Pablo Fusi sobre la evolución de nuestra identidad nacional (Madrid, 2000).

Pues bien, como decíamos, todas las diferencias, una a una o mezcladas varias de ellas, pueden funcionar en el nacionalismo convenientemente politizadas, es decir, ideologizadas, mitificadas, disfrazadas si es preciso. Y acompañadas de todo un aparato simbólico de signos, consignas, banderas, himnos. Y no olvidemos que estos factores unen, pero también, y al mismo tiempo, desunen respecto a alguien, enfrentan. Según que los consideremos operando *ad intra* o *ad extra*. Claro está que tales ingredientes pueden operar con menor o mayor intensidad o en diversa combinación, de una forma muy difícil de prever. No sabemos cuándo y por qué las diferencias van a tensarse políticamente lo bastante para ser operativas. Y, sobre todo, cuándo va a haber una superposición de diferencias que se refuerzan recíprocamente. Una coincidencia coyuntural de *clivages*, de fisuras en una sociedad que se traduzca en una masa crítica. Suelo usar en clase, como una explicación simplista de la expulsión de los judíos en 1492, la hipotética situación actual en que efectivamente se *estuviera en la creencia* de que todo el personal de la

hacienda pública perteneciera al grupo de los Testigos de Jehová, por ejemplo, y sin que yo tenga nada contra estos respetables creyentes. La combinación acaso inesperada de estereotipos sociales puede llevar a los peores extremos en un momento dado. Sin olvidar que, llegado el caso, los estereotipos y las «creencias» pueden manipularse interesada y políticamente.

Ibamos diciendo que la existencia de creencias sociales que funcionan como ideologías sobre nosotros y sobre los demás, unen hacia dentro y desunen hacia fuera. Ahora bien, lo que sucede es que en ningún lugar está escrito apodícticamente en qué altura, desde qué peldaño tiene que operar. Como siempre, se tenderá a contestar esta dificultad con una respuesta que se considera obvia: la pauta debe ser «lo natural». Sin tener en cuenta que en el campo social no existe nada supuestamente natural, sin carga ideológica. No lo son ni la raza ni la lengua ni la religión ni la cultura ni, claro está, el pasado histórico. Todo son creencias «desde las que se vive» y que pueden variar con el tiempo para grandes sectores de la población. Por tanto, quién pretende subrayar su unidad y frente a quién, es algo que de hecho puede variar, aunque acaso necesite mucho tiempo para hacerlo. Incluso pudiera resultar ingenuo afirmar que en un cierto momento la flecha de la historia va en el sentido del universalismo, federalismo en términos políticos, cuando de repente nos vemos acosados por toda suerte de exaltados particularismos.

El escalón de unidad impuesto con guerra total y victoria total, según el modelo de Abraham Lincoln, a pesar de sus supuestos buenos resultados históricos posteriores, es operación demasiado traumática, cuyas heridas y cicatrices tardan mucho en curarse. Todas las razones a favor fueron ideadas por los vencedores que, además, hubieron de sacralizarlas y mitificarlas con urgencia para conseguir su apuntalamiento. Es expresiva la actual polémica sobre considerar o no delito la destrucción intencionada de la bandera de las barras y estrellas. Supone la ofensa, desde dentro, al símbolo de un ámbito nacional que se realizó entre otras posibilidades históricas que, de haber cristalizado, hubieran contado con análogo arsenal de entusiasmo y racionalizaciones. *Mutatis mutandi*, ¿no existe un fondo común entre este caso y el de otras uniones que se han considerado coloniales? El supuesto de Filipinas no fue demasiado distinto en su sustancia. Al comienzo de las hostilidades afirmaba Lincoln: «No me propongo interferir directa o indirectamente con la esclavitud en los Estados en que existe». Sólo se deseaba forzar a los Estados *secesionistas* a volver a la Unión. Por su parte, la Confederación parecía no tener nada contra el Norte; quería que la dejaran tranquila.

La cuestión, pues, en los nacionalismos es que hay una escala en cada uno de cuyos peldaños pueden cristalizar. Y para cada tipo de unidad puede producir-

se —latente o patente— una secesión. El problema es dónde detenerse, hacia arriba y hacia abajo. Porque no existe un módulo indiscutido y universal que lo señale, sino que será el resultado del juego de fuerzas en cada lugar y para cada momento. Don Benito Pérez Galdós nos recuerda en uno de sus Episodios Nacionales (*Los cien mil hijos de San Luis*) que en ciertas manifestaciones populares al grito famoso de ¡Vivan las caenas! se unía significativamente el de ¡Muera la Nación! La Nación se ve entonces no como un ente territorial y de población, sino como un artefacto político. Tal como acababa de salir de la Constitución de Cádiz: un órgano o centro de poder. Lo que quieren decir aquellos celtíberos es: No queremos que mande la Nación, sino el Rey. Fernando, naturalmente.

Ahora, como a veces no se quiere decir España o nación española —se conoce que por razones políticas también— se llega a leer o a oír algo tan peregrino como «Llueve en todo el Estado». Que suena así como si se dijera: Llueve sobre Construcciones y Contratas, S.A.» Es decir, archivos, expedientes, ordenadores, legajos o títulos de la deuda, todo empapado. Una confusión expresiva más, acaso ahora no demasiado grave.

* * *

Como es fácil ver, la confusión sobre el tema es harto notable. Lo que se echa de menos no son soluciones, que tiene todo el mundo unos a base de voluntarismo sectario o partidista y otros con el mejor *wishful thinking*. Lo que necesitamos son clarificaciones de alguna especie que nos ayuden a salir de la confusión. Aunque, ¿existe esa posibilidad? En hipótesis pienso si no estará la raíz de todo en el paso político que se da, implícita o explícitamente. Tratemos de aclararnos, sin demasiada esperanza.

Parece de momento un hecho histórico que se está volviendo a los particularismos de escalones bajos, frente a la tendencia del Estado nacional centralista peraltado por la Revolución, y aparentemente también contra los federalismos, aunque haya fenómenos como el de Europa que parecen nuevos. En su tiempo fue de izquierdas (y, por tanto, «progre») ir contra los parroquialismos (revoluciones francesa y soviética como paradigmas). Ahora, es de izquierdas abrigar los particularismos frente al centralismo que se había hecho convencional tras un par de siglos. Incluso también contra el poder unificador de las grandes potencias, en especial los Estados Unidos de América. Por cierto, que en este país el proceso es un poco al contrario: los republicanos tratan de reforzar las competencias de los Estados miembros, mientras que los demócratas propugnan hacerlo con las del Estado federal.

Se ofrecen muchas explicaciones. Unos alegan el fracaso de la «aldea global» para que el hombre pueda responder a la gran pregunta de la identidad. ¿Quién soy yo? Hay los que pregonan la vuelta a las raíces. El ser humano sólo se encuentra a sí mismo en lo suyo y entre los suyos; en lo particular, casi parroquial. Con ello es fácil transitar a una antropología del extraño, que sería también antropología de «lo extraño». Muy bien, estemos de acuerdo. Admitamos incluso que pueden coexistir los diversos particularismos y ya volveremos sobre ello. Pero cuando se da el (*de facto* o de intención) de querer erigir algún escalón en entidad política comienzan los problemas y comenzamos a no entenderlo. Porque ya no se trata de que nos guste nuestro paisaje, nuestra lengua, nuestras instituciones, nuestro folklore o nuestra cocina. Sino que porque nos gustan queremos que ese ámbito tenga entidad política. Sin que sea óbice que haya otros por arriba o por abajo con la misma pretensión. O que incluso exista una inercia histórica que le confiera cierto valor convencional y hasta tradicional a algún escalón. Y después de Hobsbawm no se nos debe olvidar que las tradiciones *se inventan*.

El problema suele ser el de la coexistencia vertical. Ya ha sido bastante conflictivo el de la convivencia horizontal: hablen las guerras. Pero se agrava con los nacionalismos verticales y ahora también, como sabemos, con el de la coexistencia de particularismos sobre el mismo territorio. Lotes de singularidades y apegos cargados políticamente, es decir, con aspiraciones. Y ya entran en juego los codos; ahora se trata tal vez de desplazar, de desalojar. Hay que excluir las pretensiones de otros por arriba —centralismo— y por abajo —secesión—. Se trata acaso de conferirle validez excluyente a «nuestro» escalón. Y lo grave es que no hay para nadie una legitimación objetiva. Habrá en todo caso una tradición histórica, un juego de fuerzas coyuntural favorable o un esquema comparativo. Por ello, aparte del respeto a lo peculiar, *exigible siempre*, los nacionalismos bracean ansiosos en busca de legitimaciones. Les es vital dar con la legitimidad excluyente hacia arriba y hacia abajo. Resultaría muy apetecible demostrar que las cosas son así desde siempre, que está en su propia «naturaleza». Lo mejor sería apoyarse en los fósiles, construyendo lo que sería el nacionalismo del paleontólogo. O, al menos, lo que Toynbee le reprochaba a Camille Jullian: considerar que cuando César cruza el Rubicón está entrando en la Galia, o sea, en la nación francesa, predispuesta ya a serlo desde mucho antes. Se siente el prurito de lo historicista. A veces resulta patético ese querer forjarse un pasado específico cuando la «nación» es demasiado tierna todavía y se hace preciso apuntalarla. Poco antes de la ocupación de Kuwait por Irak en agosto del 1990, la prensa internacional anunciaba la reapertura del Museo de Irak, enriquecido por los esfuerzos de un gobierno ansioso de demostrar que el país no era una creación artificial, sino el heredero de una gran civilización. Sumeria y Babilonia fueron culturas árabes primitivas, e incluso la última, como el

moderno Irak, luchó contra los persas. El pasado, tanto mejor si es arquitectónico, es muy útil. Conviene cuidarlo y darle un toque de vez en cuando. Antes de la *perestroika*, algún historiador dijo, escarmentado, que el pasado de la URSS era impredecible. En realidad, lo mismo podría afirmarse respecto a otras muchas zonas del planeta. Se manipula el pasado para que sea más fácil explicar las consecuencias deseadas por los políticos. Méjico quiere conectar con la cultura azteca y el Perú con los incas. Es preferible ignorar el virreinato, porque, aparte la sumisión colonial —ya olvidada— entonces las fronteras (los peldaños) podían haber ido por otro sitio que por donde fueron. Y entre nosotros, por ejemplo, se puede saltar de los fenicios a los árabes, ignorando a los romanos que, hay que admitirlo, no son un argumento muy fuerte en favor de la autonomía de los pueblos. Campo hay para toda suerte de combinaciones excluyentes. (Este verano he visto reiterarse en una revista de mis paisanos: «En el espectáculo participaron artistas andaluces y extranjeros»). Lo que ocurre es que puede llegar el día de las secesiones y entonces, con igual legitimación, una revistilla o una emisorcita dirán: «Participaron orensanos y extranjeros». Con análogo derecho.

Todo esto sería simplemente notable, a veces tiernamente ingenuo, de no ser porque puede predisponer a las gentes a la violencia para que funcione. No es un impulso natural ni un capricho ni una afición. Sino algo que puede llegar a ser estremecedoramente grave. Y con la supuesta legitimación operando de parecido modo en todos los peldaños. Hacia arriba o hacia abajo, integraciones y secesiones, todo puede parecer perfectamente legítimo para un grupo de hombres. Lo importante es, claro está, es que pudiera llevar al homicidio. La capacidad de envenenamiento del nacionalismo, su disfunción mitificadora y alienante, «dopática» en suma, es de la misma especie que la que ocasiona la embriaguez sectaria de la política, sólo que quizás exaltada en varios grados. Temerosas fuerzas las que puede desatar y desata.

Puede pensarse, sin embargo, que siempre cabe el recurso a la legitimidad democrática. Cada peldaño posible decidirá democráticamente su destino. Pero es fácil caer en la cuenta de que con ello no hacemos sino retrasar un paso la solución: sencillamente porque habrá que convenir entonces en el *ámbito* en que va a funcionar la democracia. Y justamente esto necesita ya alguna suerte de legitimación. O, al menos, la solución contingente y coyuntural de que se llegue a un acuerdo sobre las reglas del juego y sea respaldado de buen grado. Pero conven-gamos en que esto parece difícil de lograr. Poco se puede esperar —y poco esperan de hecho los políticos activistas— de la legitimación democrática en este campo. Sus líderes y propugnadores de avanzada no se solieron señalar históricamente por su entusiasmo democrático. Acaso porque la dureza y las circunstancias de la

lucha se lo impidieron. Porque siempre puede haber alguien que pretenda absorbernos por arriba o que aspire a separarse por abajo. Por tanto: ¿Quién establece y quién acepta las reglas del juego democrático? ¿Entre quiénes va a valer?

Excluyendo, claro está, la posibilidad de que cuando no convenga se rompa la baraja. Porque entonces sí que deja de ser la democracia mecanismo de legitimación. Si la aceptación de las urnas depende de que nos convengan los resultados o si, según los lugares, la minoría albanesa o curda o maqueta no tiene nada que decir en las elecciones, ya me dirán a dónde va a parar la democracia.

* * *

Las diferencias económicas de desarrollo entre zonas pueden operar como factores desencadenantes del «entusiasmo» nacionalista. Basta pensar en la tensión y las matanzas ocurridas en algunos países africanos, desde la descolonización de mediados del siglo xx, por las diferencias entre zonas ricas y pobres, que a veces venía a superponerse con divisorias entre tribus y, por tanto, entre culturas y acaso lenguas. Todavía nos escandalizamos de tales cosas, que indirectamente hemos creado o al menos fomentado. Las entidades nacionales occidentales clásicas fueron áreas de mercado unitario, con una moneda y una zona de producción y, sobre todo, de consumo, naturalmente con sus fronteras aduaneras. Las fronteras delimitaban casi más lo económico que lo político de la soberanía del Estado. Conocida es la influencia de la *Zollverein* en la formación de la unidad nacional alemana, y las pugnas entre libre cambio y proteccionismo que se dan en los dos últimos siglos de nuestra historia. Y resultaría irónico aludir a cómo lo económico inspiró y sigue guiando el proceso actual de la unidad europea. Acaso de manera mucho más eficaz que la lengua y, por supuesto, que la religión, contribuyeron a forjar las unidades nacionales de cierto período en Europa occidental, la moneda y los aranceles. De modo muy efectivo y real hacen el Estado nacional la libra y el franco; al menos tanto como la *Union Jack* o la tricolor y la Marsellesa. Sin duda, más silenciosamente, más inadvertidas en el lenguaje colectivo explícito. Sobre todo en períodos en que lo económico y en especial el dinero, se ocultaban pudorosamente. Carlos Marx quizá escandalizó más (o, por lo menos, antes) por su falta de pudor —su «materialismo»— que por las consecuencias sociales de volver la tortilla. Valga la digresión: En el fondo coincide con la más remilgada duquesa en su hipersensibilidad por las desigualdades sociales. Tan puntilloso en acusarlas dolorosamente hacia arriba es el sabio del *British Museum* como la acaso analfabeta dama de sangre azul, celosísima de su distinción, honores y privilegios. Es claro que me refiero al «Marx objetivo», pues la persona Karl era aún muy sensible a los prejuicios de clase, como muestran varios conocidos episodios de su biografía. Vale.

Penosa y tesoneramente está mostrándolo ahora la Europa *in fieri*. Hace unos años Mrs Thatcher dijo en Madrid que admitir en ECU y un banco alemán como banco central de emisión suponía ceder uno de los siete atributos básicos de la soberanía: acuñar moneda. Ya lo había dicho Bodino varios siglos atrás. Los cambios, las balanzas comercial y de pagos tuvieron también su marco nacional, dentro del cual la seguridad jurídica era proporcionada por un derecho nacional, sobre todo después de su codificación. Asimismo, realizaba una función fiscal, como marco de gastos y de ingresos, y especialmente como área donde funcionaba el presupuesto y en la que se racionalizaba la recaudación. Incluso los sindicatos fueron nacionales, pese a sus congénitas pretensiones de internacionalismo, y donde, como en España, algunos adoptaron una forma federativa, ello ocurrió dentro de las fronteras de las naciones convencionales hasta ese momento.

¿Se pudiera decir que el capitalismo ha sido nacionalista? Como siempre, creo, la cuestión es más compleja. El capitalismo como gran construcción histórica, con el alcance que le da Braudel, ni fue nacionalista ni dejó de serlo. Se ha limitado siempre a ir a su avío. Le importaba otra gran construcción paralela, el Estado, nación o no. Ha tratado en toda ocasión de adaptar a sí las fragmentaciones o de adaptarse a ellas; lo importante eran sus propios fines. Probablemente también sería una simplicidad afirmar que el nacionalismo fue capitalista. Por su parte, el llamado socialismo real optó por las fórmulas federativas, ligadas por ese invento que yo confieso no haber entendido jamás: el centralismo democrático. El imperio soviético respetó las viejas (y no tan viejas) nacionalidades europeas de su órbita, intercalando el mecanismo de la soberanía limitada.

Más fecundo desde el punto de vista analítico sería desvelar lo que haya de trasfondo económico, de intereses latentes o manifiestos en los estereotipos usuales del nacionalismo. Ya se ha aludido a las luchas de las zonas ricas en recursos frente a las pobres, en países como el Congo con el nacionalismo de la descolonización. Y repetidamente se nos ha contado el papel de la burguesía en los nacionalismos vasco y catalán. Incluso, ante la superioridad económica de mercado cautivo y la urgencia política de estas dos zonas, alguien llamó al fenómeno «la rebelión de los opresores».

La conexión es profunda y muy antigua. Los ásperos exabruptos de Quedo (*La hora de todos y la fortuna con seso*, por ejemplo) sobre los gabachos mercachifles, que venían a llevarse la plata de aquí y nos traían en cambio sus ínfimas mercaderías. El nosotros y el ellos operaban en don Francisco, como en tantos otros autores de la época, a manera de justificaciones por no dedicarnos a los «oficios mecánicos» o «adulterinos», que eran para otros, menos acaballados que nosotros.

O sea, no afanarnos en el trabajo, capaz de transformar la materia prima en productos manufacturados. El personaje de Quevedo, después de sembrar de mercancías, a patadas, la senda de los Pirineos, se aleja pregonando que, naturalmente, su única posible ocupación es servir a su rey en Flandes. El celtíbero retratado por Quevedo posee una imagen de los franceses y otra de sí mismo; son las que funcionan, condicionando las relaciones mutuas.

En el momento presente, sin duda las relaciones entre economía y nacionalismo andan adquiriendo nuevas dimensiones. Las multinacionales, las generalizadas inversiones de «capital extranjero», aparte de que con sus propios términos están refiriéndose al fenómeno nacional, tratan sin duda de referirse a ámbitos económicos más amplios. Y generarán situaciones nuevas no previstas. Por ejemplo, una inversión masiva de capital foráneo (que traspase la propiedad del suelo y de las instalaciones en su totalidad) combinada con la llamada *deregulation* que hace muy leves los lazos con el Estado nacional preexistente ¿podría dar nacimiento a una suerte de ciudadanía económica? O, en otro supuesto, a los instalados en la sede nómada de una multinacional poderosa ¿les importará tanto lo que suceda en su entorno nacional como lo que ocurra en cualquier otro advenedizo lugar importante de la empresa? A veces, viendo u oyendo cierta publicidad, se piensa si no andarán sustituyéndose los añejos estereotipos nacionales por otros flamantes, elaborados —con igual fanfarria de banderas y símbolos— sobre las nuevas patrias económicas.

* * *

Por su parte, los cada vez más intensos y rápidos movimientos migratorios dificultan la existencia de lo que se llama sociedades multiculturales. Y ello no significa nada más y nada menos que la yuxtaposición de múltiples islotes de particularismo coexistiendo sobre un mismo territorio. Ahora desiderativamente neutro, pero al que tiempo atrás se le atribuían virtudes unificantes o asimiladoras. Las migraciones hoy suponen el trasvase presuntamente neutro de particularismos, a zonas territoriales ya cargadas con los suyos propios. Y con una red virtual de «derechos humanos» que trata de proteger, al menos con grandilocuencia, el derecho a existir de cada particularismo.

Por su parte, hoy se trata de complejos movimientos de población, relacionados con la libertad de comercio que supone la globalización y el despojo de las materias primas y de la mano de obra barata. Todo ello, con un alcance no fácilmente previsible y no previsto. Conmovió hace poco la aparición inesperada de un acontecimiento histórico de gran porte, hace unos meses. La confusa revuelta que

impidió que se reuniera en Seattle el organismo supremo de la World Trade Organization. Llegaron para tal propósito de rebeldía gentes de todas partes atentas a la convocatoria por Internet, en nombre sobre todo de varios centenares de Organizaciones No Gubernamentales. La rapidez y eficacia de mecanismos y gentes que no son ya de los viejos Estados (ni de los nuevos) manipulados al través de un increíble sistema de difusión y movilización suponemos que dará que pensar que el cambio de siglo es algo más que retórica.

Vivimos un período de transición no se sabe a dónde, con todas sus incomodidades y peligros ciertamente. Tal vez debamos tener la esperanza de que —dejando aparte eventuales catástrofes de otra índole— la especie acabe de superar su presente etapa tribal. Lo que no es fácil de imaginar, porque la situación histórica supone la coexistencia de: 1) Una intensa actividad coordinadora supranacional capaz de afrontar las nuevas exigencias derivadas de la inusitada intensificación de la comunicación entre los seres humanos, de un empequeñecimiento del mundo. Existe una economía prácticamente global, todo afecta a todos y todo se sabe en todas partes casi al mismo tiempo. 2) La imprecisión para el ejercicio de la democracia del espacio político correspondiente. La nación convencional, que fue vehículo e instrumento de la democracia desde fines del siglo XVIII ha dejado de serlo por lo visto, cuando se ha celebrado con hartazgo chauvinismo el segundo centenario de la Revolución. Se propugnan otros espacios o áreas para el funcionamiento democrático. Lo cual acaso signifique en el fondo una preferencia, no explícita, por la democracia directa o semidirecta frente a la representativa. Al cabo, tal vez un resurgir del viejo y romántico Rousseau. ¿Y cómo tendrá que ser la nueva e inevitable «representación económica»? Menos mal si funcionan los derechos humanos y se mantienen los proyectiles en sus silos.

Nación en crisis, pues, y particularismo conflictivo en auge. Situación que pudiera parecer contradictoria si no se tiene en cuenta que la dinámica conflictiva, patente o latente, es intrínseca sustantivamente. Sigue produciendo deformaciones y distorsiones de toda clase. Fomenta la pervivencia y creación de estereotipos adversativos. Es una situación que legamos al siglo y cuyo desenlace no nos es permitido conocer. Se ha exhumado el indiscreto encanto del particularismo dogmático. Sólo nos cabe tratar de desmitificar en lo posible esa fuente inagotable de fanatismo y de maniqueísmo. Los dos grandes males individuales, y sobre todo colectivos, que nos acechan.

Hace unos años, en una conocida novela (*Catch 22*), Joseph Heller contaba lo siguiente: «Era un agricultor, individualista a machamartillo, que sostenía que la ayuda federal a cualquiera que no fuera agricultor, era mero y asqueroso

socialismo. Su especialidad era la alfalfa y hacía un buen negocio no cultivándola. El Gobierno le pagaba muy bien todos los *bushels* que no criaba. Mientras más alfalfa no cultivaba, más dinero le daba el Gobierno y todos los centavos que por este concepto cobraba, sin ganarlos, los invertía en comprar más tierras para incrementar la cantidad de alfalfa que no producía. Se entregaba sin descanso a la tarea de no producir alfalfa. Soportaba las inclemencias del tiempo y saltaba de la cama para comprobar que no se habían hecho ni se harían las faenas del campo. Invertía juiciosamente su dinero en tierras que no producían alfalfa y no tardó en ser, entre todos lo agricultores que no cultivaban alfalfa, el que mayor cantidad de alfalfa no producía».

Un Estado nacional que paga por armarse y por exportar armamento; y porque no se produzca algo, mientras en Africa y Asia miles de personas mueren de hambre, sin ganado, es buen indicio de que el planeta no ha conseguido aún el tipo de organización que necesita. Durante unas centurias hemos andado probando los Estados nacionales y los nacionalismos. Parece claro que la solución y sobre todo la paz no van por ahí. ¿Por dónde entonces? Temo que lo único que podamos hacer es preguntárselo a nuestros bisnietos.

